

Para San Blas el Obispo
 Despavorido galopa,
 Con una gran caravana
 Que se espanta de su sombra;
 Pero que al paso recoge
 Lo que el erario atesora.
 Torres enfrena la plebe,
 Torres los odios embota:
 No hay una mancha de sangre,
 Y no hay de llanto una gota.
 Al malvado se reprime,
 La opinion no se extorsiona,
 Brilla la santa justicia
 De libertad con la pompa,
 Y se sienten orgullosos
 De su triunfo los patriotas.
 Tú eres, Torres, quien escribes
 Esta página de gloria,
 Hijo rudo de los campos,
 Alma noble y generosa
 De quien México no ensalza
 Tal cual debe la memoria.

ROMANCE DE HIDALGO EN GUADALAJARA

Y REUNION CON ALLENDE.

Resueltas, briosas, alegres,
 Como en animada fiesta,
 Las tropas del Cura Hidalgo
 De Valladolid se alejan,
 Adonde entraron dolientes
 Porque fué la suerte adversa
 En la campaña de Aculco,
 Cuyas heridas no cierran
 Y aquella Guadalupe
 Gala y flor de nuestra tierra,
 Que por lo lindo enamora
 Y por lo grande recrea;
 Hurí que juega entre flores,
 Airosa y gentil gacela,
 Esbelto y gallardo almendro
 Que olorosas flores riega

En los diáfanos cristales
 Que en torno á su planta juegan,
 Brilla de íntimo alborozo,
 Porque al caudillo celebra
 Que de libertad del pueblo
 Proclamó la buena nueva.
 Perfuma el aire el contento,
 La ciudad está de fiesta,
 Y entre vítores y cantos
 Y expansiones que deleitan,
 Al Palacio con los suyos
 El Grande Hidalgo penetra,
 Y á organizar un Gobierno
 Dedicase con presteza.
 Chico, y Rayon don Ignacio,
 Ambos versados en letras,
 Cual sus secretarios fungen
 Y le instruyen y aconsejan.
 Improvísase armamento,
 Se centuplican las fuerzas,
 Prepotentes se disponen
 El órden y la defensa.
 Disipándose las sombras
 Que aun tiene la independenciam,
 El retrato de Fernando
 De Palacio se destierra;
 A hablar se empieza de patria
 Y su voluntad suprema.

Inundan á aquellas masas
 Los fulgores de la imprenta,
 Y el gran doctor Maldonado,
 De preclara inteligencia,
 Aunque el hielo de los años
 Cubre su hermosa cabeza,
 Y aunque la luz de sus ojos
 Se perdió en hondas tinieblas,
 Con su pluma esplendorosa
 A los esclavos despierta,
 Y los derechos del hombre
 Vindica con su elocuencia.
 Irritados los serviles
 Tramaron traiciones negras,
 É Hidalgo aplica el cauterio
 A esos males, con firmeza;
 Que la salvacion del pueblo,
 Aunque gima la clemencia,
 En los momentos supremos
 Debe ser la ley suprema.
 Allende, que desabrido
 Con Iriarte en Zacatecas,
 Sabe que á Hidalgo amenaza
 Incontenible, Calleja,
 Vuela á luchar á su lado
 Y á Guadalajara llega
 Hidalgo sale á su encuentro
 Y honores mil le dispensa,

Estréchale entré sus brazos
 Cuando ya le tuvo cerca,
 Y le dijo: "Don Ignacio,
 " Venid muy en hora buena,
 " Que un ejército nos vale
 " El valer de vuestra diestra;
 " Venid, que os hace más jóven
 " El calor de la pelea,
 " Y tienen sed los valientes
 " De estar en vuestra presencia."
 Los señores de Palacio
 Le hacen sendas reverencias;
 Le tienden finos las manos
 Los que sirven á la Iglesia,
 Y en su marcha le custodian,
 Con chupin y de coleta,
 Los venerandos oidores
 De la aristócrata Audiencia.

ROMANCE DE LA BATALLA DE CALDERON.

Encorvado el triste Enero
 De mil ochocientos once,
 Llegó con su barba cana
 A la Historia dando voces,
 Para que sus altos hechos
 Grabe en duraderos bronces,
 Y le dijo: "Hay un gran rio
 Que á Guadalajara corre
 Entre accidentadas lomas,
 Quiebras y peñas enormes;
 Ancho puente le atraviesa
 Que marcan macizos postes
 De la extendida llanura
 Hasta del rio en el borde,
 Y de allí pasa el camino,
 Que se extiende ó se recoge,

Según que corta las lomas
 O en ellas audaz se impone.
 En la altura de las *Ánimas*
 Mira el sol la masa enorme
 Del ejército de Hidalgo
 Y sus compactas legiones;
 Al frente, como un remedo
 Del plan, y cálculo y orden,
 Pero despues, á millares
 Los caballos y los hombres,
 Y nadando en ese océano
 Carros de parque y cañones.
 Hay de la chusma algazara,
 Del mando vuelan los toques
 Perdiéndose en el tumulto
 Como que nadie los oye
 La derrota ya presagian
 Los que la guerra conocen,
 Pero "la lucha es un triunfo,"
 Dicen otros campeones.
 En la multitud descuellan,
 En sus corceles veloces,
 Abasolo el indomable,
 El firme y sereno Torres,
 El rayo de Marte, Allende,
 Aldama, brazo de bronce.
 Hidalgo está en la reserva,
 Y á su derredor agólpanse

En bandadas los flecheros,
 Ginetes en pelotones,
 Hombres con cabos de lanza,
 Con pistolas y garrotes
 Y hondas de heridoras piedras,
 Garfios, espadas y estoques.
 Todos blandiendo sus armas,
 Todos salvajes, feroces,
 Obrando como enemigos
 Al propagar el desorden.
 Calleja está en la llanura
 Con diez soberbios cañones,
 Con obedientes soldados
 Que la campaña conocen
 Y con un Miguel Empáran
 Que los maneja y dispone.
 Otra columna encomienda,
 Con orden que todo arrolle,
 Al Conde de la Cadena,
 Que es bueno entre los mejores,
 Y que hace de sus soldados,
 Con brioso ejemplo, leones.
 Y Calleja se reserva,
 Ambicioso de gran nombre,
 El centro, con la certeza
 De que el triunfo le corone.
 La lid se traba; en torrentes
 Balas vomitan los bronce;

Flon acomete esforzado
 Y el flanco ataca de Torres;
 Mas como fieras de infierno
 Le rechazaron, y entónces
 Allí hubiera sucumbido,
 Mas Villamil le socorre.
 Entretanto, de Abasolo
 La columna desbordóse,
 Entre el plomo y la metralla,
 Entre sangre y entre horrores;
 Y al rio tiñe la sangre
 Que desde las lomas corre.
 Abasolo, cual torrente,
 Ya arrebató sus cañones;
 Pero Empáran con los suyos
 En tropel precipitóse,
 Y entónces, de la reserva
 De Hidalgo viendo el desórden,
 Calleja embiste atrevido,
 Y hacen los muertos montones.
 De pronto, con el estruendo
 Aquel campo estremeciósese
 El parque voló de Hidalgo,
 Al llano las llamas corren,
 Saltan en un mar de fuego,
 Entre humo y horror los hombres,
 Y las chusmas se desbandan
 Y dando alaridos corren.

Hidalgo, Allende, Abasolo
 Y Aldama, cual fuertes robles
 Que al bravo huracan resisten,
 A la derrota se oponen,
 Y sólo desaparecieron
 Cuando, rotas sus legiones,
 De combatir la esperanza
 Como el humo disipóse
 “¡Viva el Rey!” los de Calleja
 Claman en gritos feroces,
 Mas les impone silencio
 Un cadáver que allí vióse,
 Y parece que desmiente
 Los lauros y los honores.
 Es Flon, honra de los bravos,
 De la Cadena es el Conde.
 La sangre de sus heridas
 Negra se cuaja y no corre;
 Murió luchando valiente;
 Dios piadoso le perdone.

ROMANCE DE CALLEJA

DESPUES DE LA BATALLA DE CALDERON.

Entre cortinas y flores
Y cohetes y repiques,
Al redoblar de los parches
Y al grito de los clarines,
Saludan Guadalajara
Calleja y los que le siguen.
Dominan cual vencedores
Los soberbios adalides;
Los hombres les gritan vivas,
Las bellas culto les rinden,
Y en la Catedral le espera
Sumiso el Cabildo insigne.
El *Te Deum* da á los vientos
Sus armonías sublimes,
Y besa el agua bendita
Las espadas de los tigres.

Entre los valientes jefes
 Que en las filas se distinguen,
 Se señala á Bustamante,
 A quien tanto amó Iturbide;
 Al gran Marqués de Vivanco,
 El del acero invencible;
 Al guapo Zenon Fernández,
 Despues famoso en las lides;
 Tambien á Máximo Garro,
 Que en Madrid fué á convertirse
 En azote de tiranos
 Y honra y gloria de los libres.
 Todos van marchando ufanos,
 Y Calleja los preside:
 Veloz se instala en Palacio,
 Supremo el mando reviste,
 Los ocultos perseguidos
 Se aparecen como buitres,
 Atizando las venganzas
 Y protegiendo desquites.
 Están de gorja las calles,
 El gozo no tiene límites,
 Cuando de nuevo se escuchan
 Los tambores y clarines,
 Y el tumulto de las gentes
 Entre ruidosos repiques.
 Es Cruz, que llega afanoso,
 Y que casi llega triste

De venir despues que triunfós
 Tropas realistas consiguen
 Sin concurso de sus fuerzas,
 Tan sedientas de batirse.
 Viste Cruz grande uniforme;
 Dos cuellos como tabiques
 Emparedan su garganta
 Y el ancho pescuezo oprimen.
 De las boscosas patillas,
 Rebeldes como las crines,
 Se destaca ancho bigote
 Que en dos curvas se divide.
 Ojo grande, angosta frente,
 Aire fiero, un tanto triste,
 De gavilan las maneras
 Y los instintos de buitre.
 Encerróse con Calleja
 Despues del regio convite,
 Y sin un punto de tregua
 Planes de guerra deciden.
 Cruz de San Blas toma el rumbo;
 Calleja al Virey escribe,
 Quien ébrio con la victoria,
 Y viendo que se derrite
 Como la nieve el amago
 En que creyó sumergirse,
 Derrama premios y honores,
 Hay festejos y festines,

Y más que nunca miraron
 El poder de España firme.
 Así el titilar incierto
 De la llama al extinguirse,
 Suele remedar de pronto
 A la hoguera que revive,
 Y alumbrá sólo cenizas
 Que ni su calor perciben.

ROMANCE DE HIDALGO

DESPUES DE LA BATALLA DE CALDERON.

¡Ay de los que en la barquilla
 Se embarcan de la fortuna
 Creyendo arribar al puerto
 Con viento en popa y sin lucha!
 ¡Ay de los que al verla ufana
 Sospechan que no se muda,
 Y hallan, durmiendo en sus brazos,
 Escarmiento y amarguras!
 ¿Do están las huestes de Hidalgo?
 ¿Qué quedó de su bravura?
 Quedan regueros de muertos,
 Vagan sin rumbo las chusmas,
 Y hay rencores y anatemas,
 Voces que aullan é insultan
 Al caudillo á quien los hados
 Miraron con faz adusta,

Porque hay por miles gusanos
 Que se abrigan y pululan
 Al pié de los pedestales
 Sostén de la estatua augusta.
 Pero si el tiempo á la estatua
 Con recio empuje derrumba,
 La asaltan y la oscurecen,
 Y la ultrajan y la ensucian.
 Llegan así descontentos,
 É Hidalgo no se perturba,
 Porque su mérito excelso
 Cifrará la edad futura,
 En que vió honores y triunfos,
 Entre pavorosas dudas.
 Del pueblo el triunfo infalible
 Circuido de gloria pura,
 Y para él los desengaños,
 El patíbulo y la tumba.
 Allende, á quien las envidias
 Pusieron el alma oscura,
 Por motivos que la historia
 Cobarde tal vez oculta,
 Mina de Hidálgo el prestigio,
 Conspira, siembra calumnias,
 Y á que le quiten el mando
 De las fuerzas se apresura.
 Hidalgo renuncia el mando
 Porque el bien tan sólo busca,

Y así marcha á Zacatecas,
 Dando al que manda su ayuda.
 Pero hay negros nubarrones
 Que el triste futuro enlutan,
 Y aunque unos predicen triunfos,
 Otros derrotas auguran

Por fin, tras recio combate
 Siguen los héroes la ruta
 De la distante frontera,
 Para las luchas futuras,
 Allende á Rayon del mando
 Le deja la investidura;
 Mas refiere la leyenda
 Misteriosa, ó la calumnia,
 Que á deshora de la noche
 Se vió en una estancia oscura
 Hablando con Elizondo,
 De quien traicion se susurra,
 Y órdenes dictó en seguida
 Que hicieron brotar mil dudas,
 A que Rayon desdeñoso
 Les dió indignada repulsa
 ¿Por qué, Allende, tales sombras
 El sol de tu fama anublan?
